

umentar este E. M., máxime existiendo muchos coroneles que nada habían recibido desde 1839, y á su virtud se concedieron empleos á discrecion desde la clase de sargento. Corriéndose la escala de la plana mayor general, se nombró un capitán general, 5 tenientes generales y 14 mariscales de campo. Esta prodigalidad proporcionaba muchos adeptos, á la vez que fué base de grandes injusticias, pues se dieron empleos á virtud de comprobantes falsos. Para recompensar á los hijos de títulos de Castilla y de familias distinguidas que corrieron á alistarse á la bandera carlista, no queriendo aquellos jóvenes seguir la carrera militar, se organizó con ellos una escolta real, asimilándoles con los guardias de Corps.

Realizados al fin los deseos de don Carlos de tener por consejero á don Antonio Aparisi y Guijarro, escribió este con acierto y aconsejó con oportunidad, aunque se mostró inocente á veces. Aumentóse el consejo en el que se encargó don Bienvenido Comin de la parte política y civil, Labandero de la Hacienda, Cevallos de la parte militar, y Elio de lo concerniente á Navarra y Provincias Vascongadas, con una comision que entendia en armamento y municiones.

La cuestion de recursos seguia siendo apremiante: don Carlos y doña Margarita empeñaron todas sus alhajas: el conde de Orgaz, que habia ya proporcionado cantidades considerables de su fortuna, propuso levantar un empréstito de 3 ó 4 millones de francos, dando su firma é hipotecando la mayor parte de sus bienes: los condes de Fuentes, de Samitier, de Robres, de Faura, el marqués de la Romana y otros, tuvieron este acto de abnegacion y buscaron banquero que lo hiciera, mas ninguno quiso admitir esta combinacion. El conde de Breda, agente secreto de Suecia y Dinamarca cerca de Napoleón, recomendó á Mr. Cramer, banquero del Papa en Amsterdam, que se encargaria de realizar un empréstito; se aceptó; hicieronse pagarés por valor de 10 millones de reales firmados por don Carlos, su esposa, Orgaz, Robres, Tamarit, Vallecerato y Calderon, y tan mala suerte tuvieron estos pagarés, que cuando se necesitó dinero, por uno de 500,000 francos ofrecian el 44 por 100, y aceptada la oferta, al ir á realizarle se arrepintieron los que habian de dar el dinero. No habia mas remedio que recoger estos pagarés sobre los que nadie daba una peseta, y el negociador Mr. Lambert no devolvió mas que cuatro de los cinco, y gracias á la actividad y energía con que se procedió se le obligó á la restitucion de aquel pagaré. Fracasado el empréstito Cramer en Francia, en Holanda y en Alemania, convino este aprovechado banquero en colocarlo en España, donde desde luego se hicieron pedidos; pero al presentar su primera cuenta se abonaba la comision total como si todos los bonos estuviesen negociados: hubo que convenir en una transaccion por la que el banquero abandonaba el negocio, si bien abonándosele la comision total del empréstito. No podia ser mas oneroso el contrato en el que además del gran interés que se consignaba por sumas que no proporcionaba, se estipuló que todas las cantidades que por cualquier otro concepto percibiese don Carlos, ó cualquier otro préstamo que se le hiciese, se habia de referir al empréstito; de modo que, cualquiera que ofreciese ó diese dinero á don Carlos, se le habian de dar en cambio obligaciones del empréstito. Así Cramer y Breda cobraron una comision de mas de 9,000 francos por 75,000 prestados á don Carlos sin la menor intervencion de aquellos. Aun prescindiendo de que se autorizó la emision de 35 millones de francos y se emitieron 42, no pudo saberse lo que produjo el empréstito por ignorarse lo que se habia recaudado.

Inicióse despues nuevo empréstito con el 25 por ciento de beneficio; luego otro de diez millones de francos, y otro posteriormente de cuya colocacion en el extranjero se encargó el señor Lasuen. Cabrera no pudo adquirir fondos por medio de empréstito, y recurrió á la suscripcion, á la que invitó á los capitalistas y propietarios carlistas, para que hicieran un adelanto reembolsable despues del triunfo de la causa. Nada de esto producía resultados lisonjeros, y para salir del apuro de pagar 19,000 fusiles comprados por Olazabal, pagóse una parte de ellos con dinero recaudado en la provincia de Gerona. Propusieronse empréstitos absurdos y hasta indecorosos; la escasez de recursos imposibilitaba á Cabrera proseguir sus

trabajos; don Carlos vivia con estrechez por haber dado cuanto tenia y haber empeñado sus rentas y joyas; solo se podian remitir en pequeñas cantidades las armas y municiones que se contrataban para la frontera de Navarra y de Cataluña (1); sin dinero era imposible contratar armas, porque habia que depositar previamente su importe, y considerándose que si Cabrera tomaba una parte activa en los asuntos carlistas, no faltarian recursos, se le enviaron emisarios, se hicieron esfuerzos de todo género, y se le presentaron los grandes elementos con que se contaba y de los que no se podia disponer por falta de dinero. No se pudo obtener el auxilio que se esperaba, y en cuanto á tomar la direccion de los negocios se excusó con la falta de salud y de fuerzas físicas é intelectuales.

Esta actitud de Cabrera desazonaba á don Carlos, y era el tormento de los carlistas que estaban en autos de lo que pasaba: la mayoría le consideraba interviniendo en todo, pues no podia ni aun figurarse que pudiera emprenderse la guerra sin aquel caudillo. Se insistió con tenaz empeño: Elio ofreció á Cabrera ser su segundo para servirle y ayudarle como tal: un duque legitimista francés se mostró dispuesto si Cabrera se ponía al frente de la causa carlista, á prestar 600,000 francos para armas y municiones, el mismo don Carlos corrió á Baden-Baden, donde aquel se hallaba, y le significó de palabra y por escrito que era llegado el momento oportuno de que tomara la direccion absoluta del partido y el mando en jefe del ejército, poniéndose desde luego á sus órdenes todos los jefes; nada podia convencer á Cabrera, y ofendido don Carlos al verle marchar reprobando cuanto se hacia, exclamó columpiándose en una mecedora: «Si no amas á España como yo la amo, pobre de tí; si no sirves á la patria como puedes, te fusilo lleno de tristeza, pero te fusilo.»

Hubo momentos de confusion en el centro carlista de Paris; dimitieron algunos consejeros; continuaron las negociaciones con Cabrera, quien creyendo variadas las circunstancias que le impedian tomar el mando y direccion de los negocios, no tuvo inconveniente en aceptar uno y otra desde luego, á pesar del estado de su delicada salud, por hacer por su patria y por su partido el último esfuerzo de una vida toda consagrada al triunfo del principio que don Carlos representaba (2). En otra carta expuso á don Carlos el delicado estado de su salud habiéndole prohibido los médicos montar á caballo por largo tiempo, fatigarse ni recibir emociones, y aunque conocia claramente lo que podia sobrevenir «de tomar hoy la direccion de los asuntos militares, y en su día ponerme al frente de las tropas, no dejaré de cumplir de la mejor manera que pueda, porque así lo he ofrecido á V. M.; pero siempre con las reservas de que ya tiene conocimiento, y entre ellas la tantas veces narrada de que el movimiento tenga lugar en condiciones racionales de triunfo, pues justo es que yo, si por los compromisos contraidos, puedo marchar y marcharé sereno á una muerte casi segura, procuraré evitársela en lo posible á todo español, si su sacrificio ha de ser inútil para el triunfo.»

Parecian zanjadas las grandes dificultades que se habian presentado; pero no lo estaban sólidamente. Don Carlos y Cabrera abrigaban mutua desconfianza: aquel creia que la aceptacion habia sido por compromiso y con ánimo de nada hacer y de gastar tiempo; Cabrera por desconfiar de don Carlos.

Este siguió trabajando secretamente por su cuenta. Al recibir un mensajero del marqués de Benavent, comisario régio de la provincia de Gerona, asegurándole la entrega de la plaza de Figueras, y exigiendo su presencia para tan importante adquisicion y para secundar el movimiento que debia verificarse en su favor, aunque Elio y los que consultó don Carlos trataron de disuadirle de tal viaje, temió se le juzgara cobarde y corrió á la frontera, donde nada habia preparado

(1) La conducta destinada á Cataluña, confiada al marqués de Benavent y á Tristany, cayó casi toda en poder de las autoridades francesas.

(2) Esta aceptacion fué con las condiciones de que si no podia evitar la guerra é hiciese dimision, se le admitiera en seguida, y una vez conseguido el triunfo de don Carlos, no se le pusiera inconveniente para retirarse con todos sus honores á Inglaterra ó á otro punto del extranjero.

para proteger ni secundar su entrada en España. Todos los elementos que tenian allí reunidos los carlistas eran unos 120 á 150 hombres entre oficiales y tropa, con 100 fusiles malos y sin un caballo (1).

No podia ser mas temeraria la empresa de don Carlos; esforzóse Cevallos por disuadirle enviándole mensajeros y marchando él mismo en su busca; le escribió que la conspiracion de Figueras se habia descubierto y estaban presos sus autores; que su permanencia en la frontera perjudicaba á la causa y atraia sobre su persona los mayores peligros y el ridículo, suplicándole se volviese á Paris antes que se divulgase su salida, y el gobierno francés tomara serias providencias.

No desatendió don Carlos tan fundadas advertencias; pero creia poder impunemente pisar tierra española, puesto que nadie le habia conocido y podia conservar el incógnito. Al efecto, desde el establecimiento de los baños de Amelie, se dirigió el 11 de julio—1869—á España, hospedándose en la pobre rectoría de Montalba, en cuyo pueblo oyó misa por ser festivo. Sirviendo de guia el rector, vistiendo don Carlos gorro catalan y faja de seda, y acompañado de Tristany, Vallecerato, Benavent (2) y un mozo con las caballerías, teniendo que andar casi siempre á pié por lo escabroso del terreno, se arriesgó á entrar en España, y cuando dijo el guia: *allí está*, señalándole á unos 40 pasos, «echó á correr el señor y todos tras él; y parándose de repente en su territorio, y desde donde se descubria un magnífico é impresionable panorama, tira al aire con toda su fuerza el gorro catalan para saludar á sus queridos catalanes, dando un grito aterrador de; viva España! sobre cuyo suelo se postró de rodillas, besándolo como si lo hiciera con una reliquia la mas sagrada. A su grito de; viva España! contestaron todos con el de; viva el rey don Carlos VII! y aquí fué la escena conmovedora con el cura de Montalba, guia de la expedicion, que apercibiéndose que habia tenido el honor de acompañar al rey de España don Carlos VII, se postró de rodillas bañando con lágrimas de gozo las manos de S. M. del cual no sabia desasirse, y diciendo que Dios le habia concedido la mayor dicha que podia esperar.— Desde este punto contemplaba el rey impresionado centenares de pueblos y caseríos españoles, teniendo á la vista el famoso castillo de Figueras y la muy liberal villa de Masanet, donde residia el comandante Roger, caudillo republicano de toda aquella comarca..... Comieron todos con la mayor alegría y tranquilidad bajo unas pequeñas encinas.... Concluida la comida, en la que hubo brindis, el rey saludó á su querida España, de la que con tanto sentimiento se despedia, disparando los seis tiros de su revolver, contestando con los suyos Tristany, Benavent y Vallecerato. Levantóse acta de aquel suceso firmándola sobre una roca que servia de mesa, y los nombramientos de comandante para don Alfonso etc. etc. (3).»

Regresó don Carlos á Paris, guardando el secreto de la anterior excursion, y ordenó á Sala, comisionado por la provincia de Barcelona, para que los carlistas catalanes se pusieran de acuerdo con los comprometidos en Valencia y Madrid é iniciaran el alzamiento.

Al saber Cabrera la excursion de don Carlos, se volvió resentido á Londres sin pasar por Paris. Esto produjo tan graves disgustos que ocasionaron la muerte del conde de Fuentes.

Ofrecida la entrega á don Carlos de la plaza de Pamplona, se facilitaron algunos fondos, corrió aquel señor desde Fontainebleau, donde se habia establecido, á Azcain, al pié de los Pirineos orientales, para ponerse al frente del movimiento de Navarra, iniciado en la capital, que debia ser secundado en las demás provincias, avisando el conde de la Patilla que en Madrid y en Castilla estaba todo preparado; pero fué descubierta la conspiracion que debió haber comenzado por apoderarse de la ciudadela de Pamplona, y solo se efectuó el levantamiento de Sabarriegos en la Mancha. A pesar del fracaso se repitieron las órdenes para que ayudaran en las demás

(1) Los 500 vestuarios de infantería, 100 de caballería, sables, monturas, etc., que se habian mandado á la frontera, esperaban aplicacion.

(2) El doctor Vicente quedó enfermo en los baños de Amelie.

(3) Memoria inédita del marqués de Benavent.

provincias á Polo y Sabarriegos, á cuyo fin se fueron introduciendo en España algunas armas.

En tan supremos momentos clamaban muchos por Cabrera. Le escribió don Carlos, y contestó reprobando cuanto se hacia y vaticinando desastres, por el desconcierto é insubordinacion que imperaban en la frontera y en la Península; razones mas que suficientes, añadia, para que el ejército comprometido no se hubiese movido, y no habiéndolo hecho á la señal dada, ya no lo haria, acabando por exigir que se retirase don Carlos de la frontera, á un punto de Alemania, el mas lejano posible al teatro de los acontecimientos de España, si es que se habian de poder reanudar los trabajos tan bruscamente interrumpidos con la intempestiva marcha de don Carlos á la frontera y señalamiento del día para el fracasado golpe. Nuevamente escribió don Carlos á Cabrera para que se pusiera al frente del movimiento en Cataluña, y se negó por haberle prohibido los médicos hacer ejercicio á pié y á caballo, y ocuparse en cosa alguna que pudiera producirle la menor emocion, por todo lo cual presentaba su dimision. Aceptóla don Carlos esperando se restableciera pronto; mas no era cuestion de salud. Don Carlos hubiera llegado á entenderse con Cabrera; pero este no se podia entender con cierta parte del partido carlista que arrastraba á don Carlos.

Procuróse el movimiento en Cataluña, donde parecian grandes los elementos con que se contaba para efectuarle, contándose con poderosas promesas en el ejército; se aproximó don Carlos á la frontera de Cataluña, se hizo entrar una partida con Bosch, y se convenció en seguida de que eran nulos los elementos que habian estado encargados de reunir en aquel territorio el marqués de Benavent, Tristany y otros agentes. De las órdenes que se dieron á los diferentes jefes, solo Estartús y unos 200 hombres las cumplieron, entrando en España á pesar de las pocas probabilidades de triunfo. Cevallos aconsejó entonces á don Carlos la conveniencia de mandar retirarse á todos y hacerlo él á Suiza, evitando de este modo la vigilancia de la frontera, y poder introducir las armas compradas en Inglaterra para los guipuzcoanos y navarros, sin las que nada podian hacer, además de que no estaban debidamente organizados.

La dimision de Cabrera y cuanto sucedia produjeron un núcleo de descontentos en Bayona, que fomentaron las rivalidades, ocasionaron el cisma é introdujeron la discordia. Trató de conjurarla don Carlos, celebrando una junta en Bayona, á cuyas cercanías acudió; no creyó conveniente Aparisi y Guijarro que aquel señor asistiese á ella por si cometian alguna inconveniencia los que tan exaltados estaban por el mal éxito de los negocios, y pareciendo prudente el consejo marchó don Carlos á Ginebra.

CAPITULO V

Carta-manifiesto de don Carlos.—Partidas.—Direccion de Cabrera.—Junta de Vevey.—Levantamiento de nuevas partidas.—Proyectos y alianzas.

A pesar de las vicisitudes que ha tiempo experimentaba el partido carlista, no se habia quebrantado la fe de las masas: era el mismo su credo político. Don Carlos, sin embargo, queria exponerle; deseaba demostrar públicamente sus sentimientos y aspiraciones. Creia de este modo atraerse mas partidarios á la vez que afirmar las creencias de los que ya lo eran. No lo necesitaban estos, que veian en su rey lo personificación de todo un ideal político, si alguno tenian que no fuera el que defendieron sus padres, el que miraban como tradicional, condenando todo lo que este hubiera siempre condenado. Para ellos nada significaba el tiempo; nada el movimiento de la humanidad en su incesante marcha progresiva: en todos los sucesos veian, ó pretendian ver la continuidad de sus ideales por mas que á estos fueran aquellos refractarios y aun contradictorios. ¡Sublime fe! que solo tiene igual en la religiosa, participando de esta quizá por lo que á ella procuran ligarla.

Desechada la idea de que don Carlos hablara al país publicando un manifiesto, lo hizo en forma de carta dirigida á su

hermano, redactada por Aparisi y Guijarro. Considerándose rey de España por derecho propio, deseaba que su derecho fuese confirmado por el amor del pueblo, por el que quería morir ó salvarle, no ser rey de un partido sino de todos los españoles, sin rechazar á los que se dijeran sus enemigos, á los que pareciesen mas extraviados, pues si no necesitaba de todos para subir al trono de sus mayores, quizás necesitase de todos para establecer sobre sólidas bases la gobernacion del Estado; ofrecia con el concurso de las Cortes dar á España una ley fundamental definitiva y española; acometer una inmensa reconstrucción social y política, conservando á todo trance la unidad católica, aceptando los concordatos, que las Cortes se compusieran de procuradores de los pueblos, incorruptibles, no de diputados empleados ó pretendientes que solo forman mayorías serviles y minorías sediciosas; dar vida propia al municipio y á la provincia y á la «España amada la libertad que solo conoce de nombre; la libertad que es hija del Evangelio; no el liberalismo que es hijo de la protesta; la libertad, que es al fin el reinado de las leyes, cuando las leyes son justas, esto es, conformes al derecho de naturaleza, al derecho de Dios.» Reconociendo que no era el pueblo para el rey, sino el rey para el pueblo, debiendo ser el hombre mas honrado y el primer caballero, debía gloriarse además con el título especial de padre de los pobres y tutor de los débiles: que para salvar el mal estado de la hacienda pública, él daría el primero el ejemplo para toda clase de reducciones, así como en proteger la industria y la agricultura; declaraba que la virtud y el saber eran la principal nobleza; que convenia crear instituciones nuevas si las antiguas no bastaban para evitar que la grandeza y la riqueza abusasen de la pobreza y de la humildad; que no apeteciendo en el mundo un rey cristiano, sino el bien de su pueblo, nada le podia faltar por ser feliz sino el amor de ese pueblo; que pensando y sintiendo así era fiel á las buenas tradiciones de la antigua y gloriosa monarquía española, creyendo ser á la vez hombre del tiempo presente que no desatendía el porvenir, aceptando la responsabilidad de su empeño y buscando tal gloria.

Insinuamos el levantamiento de Sabariegos, y debemos añadir que sorprendió á la guardia civil de Picon y Piedrabuena, alarmó á las autoridades, la columna que guiaba Tomassetti alcanzó á los carlistas cerca del segundo pueblo, y en la pequeña refriega que se trabó, murió el joven teniente de húsares Nuñez de Zuloaga. En ayuda de Sabariegos acudió Polo, y aunque ambos protegieron el levantamiento de algunas pequeñas partidas, no se levantaban las fuerzas que lo ofrecieron, lo cual hacia imposible que se sostuvieran, incesantemente perseguidas, hasta que fueron alcanzadas en los palacios de Torroba, quedó prisionero Polo, y Sabariegos no tuvo ya mas remedio que emigrar por cuarta vez á Portugal, no sin haber sabido burlar la constante persecucion de diez ó mas columnas.

Si el partido carlista contaba con una gran parte del clero, no estaba de ello exenta la revolucion por haberse enajenado á tan respetable clase, cuando debió haberla halagado, procurando á toda costa interesar al parroquial en la conservacion del orden al menos; pero no era el mejor medio dejarle morir de hambre. Aun cuando todo él no fuese carlista, nada perdía en interesarse por aquella causa, y lo hizo con resolucion. Túvola grande el clero de Astorga, cuyos párrocos debian presentar el dia del levantamiento el número de hombres armados que cada uno habia ofrecido, por lo que unos recibieron dinero y otros le dieron. Esperando para la insurreccion que la campana María de la Catedral diera la señal para apoderarse en son de guerra de la ciudad tratando como implacables enemigos á los liberales, se presentó una comision al alcalde para que resignase el mando á fin de evitar mayores males; se negó, tomó las medidas convenientes recogiendo las llaves de la catedral y de las parroquias cuando ya estaban preparados los campaneros; se amedrentaron los conspiradores; los reunidos en el inmediato pueblo de Valdeviejas cumplieron echando á vuelo las campanas sin que pudieran secundar los de Astorga, lo cual produjo gran escision entre algunos curas y especialmente contra un canónigo: merodearon varias partidas, volvieron otras á sus casas, el seminario convertido en

cárcel se llenó de prisioneros, muchos de ellos eclesiásticos; la partida mandada por el presbítero y catedrático del seminario de Astorga señor Cosgaya, se permitió algunos excesos, ocasionando la muerte de un digno alcalde; levantáronse varias partidas en diferentes puntos, principalmente en Rioseco de Tapia, San Martin de la Falamosa y Santa María de Ordax en Leon, mandadas algunas tambien por eclesiásticos, contando mas de 200 hombres la que capitaneaba el beneficiado de aquella catedral don Antonio Milla, y la menor del canónigo don Juan José Fernandez se disolvió al ver lo perseguida que era; el cura de Alcabon se presentó con una partida en Higuera de las Dueñas, provincia de Avila, aumentó su gente en Fresnadilla y se vió dispersada en Iglesuela. Dos de los prisioneros fueron fusilados, y al indulto publicado despues se acogieron casi todos. Al de Alcabon se le perdonó. Antes habia ordenado Prim se pasara por las armas en el acto cuantos con ellas fuesen aprehendidos y aun los que las arrojasen en la persecucion: queria evitar á toda costa la guerra civil, y consideró menor mal el sacrificio de algunas víctimas, al abundoso derramamiento de sangre que la guerra producía. De aquí algunos abusos y arbitrariedades, como las cometidas en Montealegre, pues aunque iban á reunirse para formar partida é iniciar el levantamiento en aquella parte de Cataluña, guiándoles Larramendi, no llegaron ni aun á reunirse. El plan sin embargo fracasó, y Larramendi debió la vida á su serenidad.

En la provincia de Palencia levantóse en armas don Pedro Balanzategui Altuna; le faltaron los que debieron ayudarle; persiguiéronle con teson; abandonado, cayó en poder de la guardia civil, y sentenciado á muerte la sufrió resignado. Pocos merecian el perdon como el obcecado Balanzategui, que, como escribió antes de morir, opuesto siempre á la política, solo salió de su casa para defender la unidad católica, que consideraba personificada en don Carlos, sin rencor á nadie «y para que no se sospeche que el esquivar el encuentro de los que me perseguían era efecto de miedo, declaro que lo hice así para evitar derramamiento de sangre, convencido de que todos somos hermanos, y que muy en breve tenemos que ser, ó mejor dicho, tienen que ser unos.»

Don Francisco García Eslava levantó una partida en las inmediaciones del Burgo de Osma, dispersándose á poco; en Madrid y en algunos otros puntos se impidió el levantamiento de otras, y en Valencia, en el Maestrazgo, en Aragon y en Cataluña, se presentaron algunas, aisladamente, mal dirigidas por lo general, viéndose en todo la carencia de un plan acertado y de una direccion experta, por lo que pudieron ser fácilmente destruidas.

En Pamplona la base del movimiento carlista, y sabedores de la trama el general Moriones, Lagunero, el gobernador civil y el secretario del gobierno, siguieron los hilos de la conspiracion en la que estaban complicadas muchas personas tanto civiles como militares, siendo uno de los principales agentes el capitán de artillería don Félix Aguado, ayudándole el marqués de las Hormazas, el oficial Apérrégui y otros: fijóse la noche del 25 de julio para dar el grito en la ciudadela, debiendo ponerse al frente del movimiento el brigadier carlista don Mariano Larumbe, oculto de uniforme en una de las cantinas, y al sonar un cañonazo, tenían orden de penetrar por la puerta del Socorro en la ciudadela paisanos armados y sin armas que afuirian de los pueblos del contorno, secundándose el levantamiento en Puente, en Estella y otros puntos; pero al ir los conspiradores á ocupar sus puestos, fueron presos, incluso Larumbe, exceptuándose Aguado que pudo huir con algunos otros.

El sigilo con que todo esto se ejecutó le interrumpieron los tiros de revolver que se dispararon al *Corellano*, activo agente del marqués de las Hormazas que pretendió huir, y le produjeron la muerte; esto introdujo la alarma, siendo mas ostensibles las precauciones militares que se consideraron necesarias y el que hubiera que lamentar las heridas que recibió el marqués de las Hormazas. Algunos temerarios se acercaron á la noche siguiente á la ciudadela creyendo verse secundados por la guarnicion, que les hostilizó, contentándose los agresores con disparar algunos tiros en su huida.

Sucesos de esta naturaleza aumentaban la perturbacion en

las filas carlistas, considerando de indispensable necesidad que Cabrera tomara la direccion de los negocios. Fueron á Londres nuevos mensajeros, escribió don Carlos, expusieron, rogaron, y al fin accedió con la condicion de que don Carlos habia de darle la mas amplia autorizacion, no solo para organizar y dirigir la parte militar, sino tambien la política, debiendo Cabrera retirarse á Londres despues de colocado don Carlos en el trono, porque nada queria ni ambicionaba. Escribió entonces don Carlos una cariñosísima carta felicitándole de su decision y acompañando el decreto encargándole la direccion absoluta de los asuntos militares; pero ó no satisfizo este decreto á Cabrera ó tenia otras intenciones; de todos modos, contestó que el estado de su salud no era tan halagüeño como habian dicho á don Carlos, y que se reservaba aceptar ó no la direccion que se le concedia segun le informaran los médicos de Inglaterra á quienes consultaba. Pocos dias despues manifestó que los facultativos certificaron unánimes el quebrantamiento de sus facultades físicas, á pesar de lo cual, posponiendo su conveniencia particular y por no defraudar esperanzas de todos, aceptaba la direccion absoluta de los negocios militares en la parte correspondiente á la organizacion hasta la iniciacion del período de operaciones; é imposibilitado de montar á caballo ni soportar fatiga alguna, consultaba á don Carlos si llegado este segundo período, le facultaba para que dirigiesen dichas operaciones las personas que él delegara, de las que habian de depender los demás jefes, obedeciendo unos y otros lo que Cabrera les dictase. A esto y á cuanto de palabra expuso don Manuel Homedes de parte de Cabrera accedió don Carlos, manifestando que las bases de su política estaban en su carta á los soberanos y en la que dirigió á su hermano, y respecto á las observaciones que le expuso Homedes le decia «que confiando en la sensatez é ilustracion del pueblo español, no tendré inconveniente despues de obtenido el triunfo que espero, en convocar por medio del sufragio universal las Cortes que he prometido, á fin de que voten la constitucion definitiva española que he de sancionar.»

Complacido Cabrera con estos sentimientos de don Carlos así se lo manifestó, celebrando «se inspirara en el espíritu de civilizacion de nuestros dias, que parecido á la savia, se inculca en nuestra existencia política y modifica y renueva leyes é instituciones que, tales como nacieron, llenaron ya su cometido histórico; comprende y acepta lo bueno de todas las épocas, sin asustarse de las conquistas modernas, porque modernas sean, ni de dar á la nacion lo que justamente pidan como saludable.» Tales ideas están consignadas en documentos originales que poseemos.

Para mejor desempeñar Cabrera la direccion de los negocios carlistas, se trasladó á Burdeos, donde celebró una reunion para organizar el partido, presentándose como su jefe civil y con los necesarios medios para que, dejando el carlismo el carácter clerical neo, se regeneraria y obtendria el apoyo de Europa. En cuanto á fondos no dudaba hallarlos.

Los propósitos políticos de Cabrera se oyeron con indiferencia por los carlistas, que solo pensaban en la guerra, esperando que la sola presencia del antiguo caudillo levantaria grandes masas que le seguirian gustosas á donde las llevase. El partido carlista buscaba al guerrillero, al que era el héroe de su causa, y Cabrera se hacia la ilusion de la importancia de su nombre para llevar al partido á donde quisiera: todo lo creia fácil quitando al carlismo lo que llamaba parte de sacristía haciendo entrar el resto en el terreno legal, para lo cual organizó el periódico *La Fidelidad*; pero pronto pudo convencerse de que los carlistas, en general, no querian programas sino armas, en vez de discusion, pelea, y en lugar de oradores, caudillos.

Para la formacion de cuadros de jefes y oficiales, ganar en el ejército elementos de ventajosa influencia y entender en cuanto á la organizacion militar se refiriese, creó Cabrera una junta central compuesta de Elío y Martinez Tenaquero y como auxiliares don Vicente Alcalá del Olmo y don Cándido Ortiz de Pinedo. Establecióse la junta en Bayona; conservó casi todos los comandantes generales, suprimió los comisarios régios y asumió toda la autoridad en los jefes militares. Los

habia de estos que hubieran asombrado á haber sido entonces sus nombres conocidos, como el que lo fuera de Barcelona el general Villalonga, marqués del Maestrazgo (1).

Despues de organizar don Carlos una comision político-administrativa y enviar á Cabrera el Toison que habia usado su abuelo en la anterior guerra civil, excusando Cabrera su admision por la carencia de merecimientos para ella, marchó á visitar elevados individuos de su familia en Clarens, Munich, Salzburgo, Viena, Frohsdorf, Brunshee, Gatz, Trieste, etc., pues en todos estos sitios los tenia D. Carlos.

Al regresar de este viaje—febrero 1870—se agitaba la cuestion de recursos. Para facilitarlos ofreció la de Beira un crédito contra Portugal procedente de intereses no satisfechos de su dote, cuyo crédito podria ser garantía de un empréstito; pero considerado incoachable por inútiles las gestiones hechas antes para ello, no le aceptó Cabrera. No le daban resultado favorable los medios que puso en juego, se empezó por pedir cuentas á los que habian manejado fondos y bonos, pues de estos se habian enviado muchos á España, se tropezó con grandes dificultades y declaró Cabrera que las personas que rodeaban á don Carlos, casi todas desacreditadas en el manejo de sus intereses privados, no le merecian confianza, ni á ellos los que debian ayudarles en la empresa; «invirtiéndose los fondos recaudados de modo que nadie sabe para qué sirven, y á mí me consta que sirven para todo menos para la causa.»

Este antagonismo era evidente, y crecia porque no veian adelantos en los trabajos de Cabrera, ni se hallaba dinero á pesar de la confianza que algunos fundaron en su crédito, ni se aumentaban las adhesiones. La junta central de Madrid, presidida por el marqués de Villadarias, que emprendió una magnífica campaña electoral, se quejaba de no recibir órdenes, ni instrucciones: el descontento empezaba á ser general, sin que de él se eximieran don Carlos ni Cabrera, conociéndose que este deseaba un motivo decoroso para retirarse por completo. Como el que tales pretextos busca, en breve los halla, si no los únicos, fueron los mas poderosos su pretension de quitar del lado de don Carlos algunas personas que ejercian cargos de confianza, y no merecian la de Cabrera que tenia motivos para dudar de su discrecion; y aunque accedió en parte don Carlos, no pudo evitar que Cabrera dimitiese de una manera resuelta y definitiva, sin acceder á la entrevista que aquel señor propuso, hasta prestándose don Carlos á ir donde residiese Cabrera.

Los defensores de este caudillo dicen que merced á él una gran parte del ejército y algunos generales para quienes pidió á don Carlos autógrafos, estaban dispuestos á ponerse á las órdenes de Cabrera, que enfermo en Wentworth y en Baden, y aparentemente retraído en Bruselas y en Paris, no cesó nunca de estar en inteligencia con jefes militares de categoría y con guarniciones de primera importancia; que su plan era, nada de volver á la parodia monárquica de otro tiempo, ni á la vida aventurera de una guerra civil, sino dar autoridad al príncipe, haciéndole digno de la corona, rodeándole de personas respetables, y allegar dentro de España tal suma de elementos, que hubiera seguridad de arrollar todos los obstáculos é ir sobre Madrid; que no siendo esto posible, mas valia, en su concepto, renunciar á la empresa que acometerla por medios desastrosos que no habian de servir mas que para hacer odiosa la causa.

Mientras el partido carlista veia en Cabrera el intrasigente caudillo que ni aun le hizo deponer las armas el convenio de Vergara, pretendiendo inutilizar en el Maestrazgo lo pactado en el norte, en él confiaba y á todas partes le seguiria; pero admitiendo ideas liberales, queriendo transigir y no pelear, que no contara con las masas carlistas. En general, se habia atendido mas al hombre que al partido; mas desde el momento que se comprendió que el hombre no personificaba las genuinas y arraigadas ideas del partido, no tiene explicacion la conducta seguida. Cabrera, al frente de los carlistas con su

(1) En la HISTORIA CONTEMPORÁNEA, que ya hemos citado, se han publicado por primera vez las listas de todos los jefes militares, comisarios régios é individuos de todos los comités carlistas de España.